

## DIVORCIO EN EL OLIMPO.

*Sentada en el Olimpo con la mirada perdida y lágrimas en sus ojos la diosa Hera gime desconsolada.*

**Hera (H):** ¡Ay! No creo que haya mujer, ni diosa ni mortal, más desgraciada que yo. ¡Ay de mí! Mi matrimonio es un desastre. ¿De qué me vale ser la reina del Olimpo, tener tanto poder entre los inmortales, si no soy correspondida en el amor? El amor. Sí, el amor. Ese dulce licor que se derrama sobre nuestras almas y nos hace perder la razón; el que nos inmoviliza la lengua y nos estremece entre sudores cuando la persona amada pasa a nuestro lado o nos mira directamente a los ojos. ¡Cuánto tiempo sin sentir mariposas en el estómago! Y no es porque ya sea una vieja. De eso nada, que los inmortales no envejecemos nunca (*Se levanta y se pasea delante del público caminando como en una pasarela de moda enseñando sus encantos*). ¡Mirad qué porte, qué manera de andar, qué figura tan esbelta para tener más de 10000 años! Con este mismo cuerpo, mejor CUER- PA-ZO, pude seducir a mi esposo, el gran Zeus, cerca de la ciudad de Troya, como cuenta el gran poeta Homero. Pero eso ya lo sabéis vosotros (*al público*), porque supongo que habréis leído *La Ilíada*. (*El público pone cara de extrañeza*) ¿Por qué poneis esas caras? En la antigua Grecia, donde yo fui una de las diosas más poderosas, los chicos como vosotros sabían recitar a Homero de memoria. Pero tal vez eso es mucho pedir en los tiempos que corren. Bueno, volvamos a lo que nos traemos entre manos. Tras yacer juntos Zeus y yo, un dulce sueño... (lo del cigarrillo de después me lo salto, porque todavía el tabaco no lo habían traído los españoles desde las Américas)... un dulce sueño -iba diciendo- se apoderó de él y los griegos pudieron atacar sin problemas a los troyanos. Yo lo miraba mientras dormía. Le mesaba los cabellos, le acariciaba la barba, contemplaba su torso desnudo... ¡Ay! ¡Qué cuerpazo tenía entonces! Porque ahora no es que esté mal, no, que para eso es el dios más poderoso del Olimpo, pero me está echando una barriguita que más le valdría ponerse a dieta y comer menos ambrosía. O mejor, que haga ejercicio, como Hermes, que se pasa todo el día yendo y viniendo de un lado para otro y, aunque se mueve con ayuda de sus alas, eso no impide que el movimiento le esculpa el cuerpo. Menudo culito se le está poniendo. Pero mi Zeus sólo piensa en ejercitar ese músculo que le tiene obsesionado. ¡Hombres! Todos son iguales. Sí, ya sé que he dicho “hombres” y no “dioses”, pero ¿qué diferencia hay cuando se lleva esa cosa colgando entre las piernas? Ninguna. Bueno, sí, eso de la inmortalidad. Que no sé yo si es tan buena como la pintan. Pasa como con todo, el que no la tiene la anhela y los que la tenemos a veces quisiéramos terminar de una vez con una vida tan larga y tan pesada. Como yo ahora. ¡Ojalá pudiera acabar con mis cuitas! ¡Con este dolor que me oprime el corazón! ¡Ay! ¡No hay nada peor que un amor no correspondido!

*Entra Zeus en escena atusándose la barba y colocándose el cabello y las ropas, para tener una apariencia decente delante de su esposa.*

Pero, mirad, por ahí viene el pendón de mi marido. Sí, sí, colócate bien la ropita, y el cabello... Se creará que yo soy tonta. (*Mirando al público y hablando bajo imitando burlescamente a su esposo con voz de varón*) Seguro que me dice lo de siempre: “Vengo de encargar a Hermes un recadito, para que le diga a Calipso que deje partir a Ulises de la isla Ogigia” o “Acabo de fulminar con un

rayo a Faetón, que le había robado el carro a su padre y no podía controlarlo” o “La que ha liado Hades raptando a Perséfone. He tenido que poner orden entre él y Deméter”. ¡Y una mierda! Tú lo que vienes es de echar una canita al aire, o cientos, que para eso eres el señor del Olimpo.

Pero hoy no voy a permitirlo más. Ya está bien de aguantar como una esposa abnegada siempre sola en casa y sufrir las infidelidades de mi marido como si no pasara nada. Hasta aquí hemos llegado. Ahora mismo pongo fin a esta situación. No voy a pasarle una más. *(Se queda de pie con los brazos en jarra).*

### **ZEUS (Z).**

*Zeus se dirige al público en un aparte. Susurra.* No tiene buena cara mi esposa. Vaya mirada que me está lanzando. Hasta el mismo Cerbero se asustaría. Y está con los brazos en jarra. Mala señal. Seguro que hoy toca bronca. Y total, sólo porque me he ausentado del Olimpo unos pocos días. En fin, afrontemos el asunto con entereza y sin miedo, que para eso soy Zeus, el señor del Olimpo. *(Dice esto último con fanfarronería).*

*A Hera declamando como un poeta.* Hola, pichoncita, bomboncito de nata y fresa, las aguas del Egeo se reflejan en tus ojos y sus ondas recorren tus cabellos... *(Hera mira para otro lado, con los brazos en jarra y golpeando el suelo con sus pies a ritmo acompasado).* Mira lo que te traigo, amorcito, un frasquito de agua de la Estigia para que, siempre que quieras, puedas hacerme jurar por ella. Yo cumpliré todo lo que tú me pidas, como siempre.

*Zeus se calla y la mira en silencio. Ella sigue impassible también en silencio.*

**ZEUS.** ¿No me dices nada? ¿Es que no te gusta mi regalo, pichoncito?

**H.** ¡Regalos! ¿Eso es lo que creéis los hombres? ¿Que un regalo puede sustituir al amor verdadero?

**Z.** Pe... pe... pero a ti siempre te han gustado, Junito mía.

**H.** Deja ya de cambiarme el nombre del griego al romano. Hoy no estoy de humor para zalamerías.

**Z.** Ya lo veo, ya. Pero no sé qué es lo que he hecho para que estés tan enfadada.

**H.** ¿Que no sabes lo que has hecho? ¡Pues lo de siempre! ¡Aumentar mi cornamenta con una punta más para que el trofeo de caza sea mayor!

**Z.** ¿Pero qué es lo que dices, esposa querida? ¿Cómo puedes pensar que yo...?

**H.** ¿Pero tendrás cara? Tú podrás ser el señor del Olimpo, pero yo no soy la diosa tonta que no se entera de nada. Yo soy Hera, tu esposa y tu hermana, hija de Cronos y Rea, y podría también ser la señora del Olimpo, si no hubiera tanto machismo en la mitología. Así que no me trates como una

idiota, porque llevo toda la eternidad aguantando tus infidelidades. ¡Y ya estoy harta!

**Z.** Pero, pichoncito, eso ya se acabó. Te lo juro. Ahí está el agua de la Estigia. Hazme jurar por ella, si te place.

**H.** ¿Como aquella vez que juraste que no tenías nada que ver con mi sacerdotisa Ío?

**Z.** ¿Qué Ío? ¿Con hache o sin hache? No sé de qué me hablas. ¿Sacerdotisa?

**H.** Hay que ser un caradura para hacerse el tonto. Sí, Ío, a la que te estabas cepillando en mi templo cuando llegué de improviso y se pudo escuchar por primera vez eso de “esto no es lo que parece”.

**Z.** Sí, creo que lo voy recordando. Es lo malo de la inmortalidad, tanto tiempo viviendo que uno no puede acordarse de todo lo que hace.

**H.** Menos mal. Por lo menos te honra reconocer tus errores. En aquella ocasión también juraste que no habías tenido trato carnal con la chica. Incluso la convertiste en ternera, para que me quedara tranquila y no tuviera más celos.

**Z.** Sí, ya me voy acordando, en ternerita... (*hace un gesto de una figura femenina con las manos y mira al público con ojos golosones*).

**H.** Pero yo, que te conozco, puse como pastor de la ternera al gigante Argos, el pastor de los cien ojos, para que me avisara si te acercabas a ella.

**Z.** Y no me acerqué, pichoncito.

**H.** ¿Cómo que no te acercaste? Primero enviaste a Hermes para que durmiera al gigante con la música de su flauta y lo matara. Y luego... ¡Hala, el camino libre!

**Z.** ¿Yo? No digas tonterías, querida. ¿Cómo voy a hacer yo algo así?

**H.** Y dale con las mentiras. Pero si hasta los pintores lo han descrito en sus cuadros. Mira, ahí está el de Velázquez.

**Z.** Está bien. No te enfades. Es que la ternerita tenía unos andares muy sensuales y a mí eso de ponerme en lugar de un toro es lo que más me gusta.

**H.** Y que lo digas. Acabas de recordarme otra de tus infidelidades.

**Z.** ¿Otra? Pero ¿qué dices?

**H.** ¿Acaso no te convertiste en toro para raptar a Europa, la hija de Cadmo?

**Z.** Sí, pero aquello fue porque había que dar nombre a este continente en el que están estos chicos que tan atentos observan nuestra discusión. ¿Cómo se llamaría entonces la Unión Europea? ¿Unión melopea? Y ¿con qué moneda pagaríamos nuestras compras? ¿Todavía con pesetas? ¿Has visto los billetes nuevos de cinco euros? Pues allí está Europa bien pintadita. Está claro que las Moiras, (para vosotros, chicos, el destino), me obligaron a realizar tal rapto pensando en el futuro de la humanidad.

**H.** Pero qué cara tiene el tío. Todo lo justifica cuando quiere. No cambies de tema. Enviaste a Hermes y éste mató a mi Argos. Pobre. Sólo pude salvar sus cien ojos que coloqué en la cola del pavo real, para embellecerla y recordarle siempre.

**Z.** Pues eso. Que no hay mal que por bien no venga.

**H.** Y hablando de venir. ¿De dónde vienes tú ahora? ¿Dónde has estado todos estos días? *Con ironía* ¿Sobre qué mortal has descargado alguno de tus rayos? (*Hace un gesto obsceno ante el público sin que lo vea Zeus señalando la entrepierna*).

**Z.** *Con apuros.* Ejem, claro, eso, sí, a lo que íbamos, ¿qué es lo que hay de cenar?

**H.** Pero deja ya de irte por los cerros de Troya y contesta de una vez. ¿Dónde has estado?

**Z.** Querida, esta vez no te decepcionaré. He realizado la buena acción de la semana. Pasaba yo por Frigia volando en forma de águila cuando de repente diviso allí abajo cerca del monte Ida a un jovencito que cazaba en la agreste floresta sólo con sus perros. De pronto, un enorme oso sale de la maleza y se dirige hacia el muchacho irguiéndose sobre sus patas traseras. El joven le dispara, pero las flechas sólo lo hieren levemente y lo enfurecen todavía más. Ensangrentado y lanzando alaridos terribles hacia el cielo el oso se abalanza de nuevo contra el joven. En ese momento me lanzo en picado desde los aires hacia el lugar de la pugna.

**H.** (*Con incredulidad*). Vaya, parece que esta vez te has comportado como un héroe.

**Z.** Ya te lo dije. El caso es que me lanzo desde el cielo y con mis garras arrebató al muchacho de las zarpas del oso que en ese momento ya estaban a punto de despedazarle.

**H.** Muy bien, Zeus. Has salvado la vida de un muchacho. Raro es en ti, que te pasas todo el tiempo fulminando con tu rayo a todo el mundo.

**Z.** Es que tú tienes muy mal concepto de mí, querida pichoncita.

**H.** Déjate de zalamerías. Supongo que la historia acaba bien. Llevarías al muchacho a casa de su padre y allí lo lavarían y curarían sus heridas.

**Z.** Bueno... (*Con miedo a decirlo*). No exactamente.

**H.** ¿No lo dejarías herido en medio del bosque?

**Z.** No. Claro que no. Creo que he tenido una idea mucho mejor.

**H.** A ver, dime, ¿cuál ha sido la ocurrencia?

**Z.** Me lo he traído al Olimpo.

**H.** ¿Al Olimpo? Pero tú estás loco. ¿Un mortal en el Olimpo? No quiero recordar la última vez que trajiste a ese hijo tuyo, Hércules, ese que tuviste con Alcmena, la mujer de Anfitrión. Menudo lío armó.

**Z.** ¿Qué Hércules?

**H.** No te hagas el tonto. Sabes perfectamente a qué me refiero. Intentaste hacerlo inmortal poniéndolo en mi seno para que mamase de mi teta, mientras yo dormía. Pero el infante me apretó demasiado el pecho y derramó toda mi leche.

**Z.** Y tú te cabreaste mucho. Demasiado diría yo. Le hiciste resolver 12 trabajos, muy muy complicaditos.

**H.** Pero ¿cómo no iba a cabrearme, si era el hijo bastardo de mi marido con una mortal, a la que engañó tomando la forma de su esposo Anfitrión para yacer con ella? ¿Cómo no voy a enfadarme? Y encima me aprieta la teta con una fuerza descomunal. Mira, desde ese momento tengo una más grande que otra. *(Se las toca)*.

**Z.** Pero vamos a ver. Volvemos a lo mismo. ¿Cómo si no Disney iba a hacer esa película tan maravillosa que todo el mundo ha visto?

**H.** Ya estamos echando balones fuera. Volvamos a lo nuestro. ¿Y dónde dices que está ese muchacho al que has rescatado de las garras del oso?

**Z.** De momento lo he dejado en la sala de banquetes, con Héfesto, que estaba revisando la vajilla. Mira, allí a lo lejos puedes verlo.

**H.** *(Mira a lo lejos al muchacho con admiración abriendo la boca)*. ¡Es bellissimo! Parece un inmortal.

**Z.** Pues eso. Ese es mi Ganímedes. *(Lo dice suspirando en tono afeminado. Coloca los labios y tira un beso al muchacho)*.

**H.** ¿Cómo que tu Ganímedes? Mira, que me temo lo peor. A ver si bajo esa barba y esa melena leonina vamos a tener un mariconazo.

**Z.** ¿Pero qué dices? ¿Pones en tela de juicio mi virilidad? Yo, que me he tirado a todas...

**H.** Lo ves, lo ves, tú mismo lo estás reconociendo ahora.

**Z.** ¿El qué?

**H.** Pues eso, lo de las infidelidades.

**Z.** Quería decir que soy muy macho.

**H.** Sí sí, muy macho, pero te acabas de traer al Olimpo un muchachito bellísimo que tenía padre y madre.

**Z.** Te juro que no lo voy ni a mirar. Le encargaré que nos sirva las copas cuando comamos.

**H.** ¡Qué desfachatez! Ya no se conforma con salir a buscar amantes, sino que se los trae al propio Olimpo. Ahora sí que no. Ahora sí que voy a poner los puntos sobre las íes.

**Z.** *Dirigiéndose al público en un aparte.* Madre mía la que se está liando aquí. No hay nada peor que una esposa cabreada.

**H.** A ver, Zeus, esto ya no hay quien lo aguante. Fue bonito mientras duró, pero una mujer casada no puede ni debe tolerar tanto como he tenido que soportar yo.

**Z.** Estás exagerando, pichoncito. Además ya te he dicho que todo se ha acabado. Ni una más, te lo juro. Ahí tienes el frasquito con el agua de la Estigia. ¡Hazme jurar por él!

**H.** Ni agua de la Estigia ni nada. Siéntate que voy a leerte el documento que te tengo preparado.

**Z.** ¿Qué documento?

**H.** La demanda de divorcio.

**Z.** Pero, pichoncita. Yo te quiero. No volverá a pasar. Te lo juro.

**H.** Esto ya ha llegado al límite.

**Z.** Pero es que yo soy Zeus, el señor del Olimpo. ¿Qué dirán los demás dioses? Un dios supremo abandonado por una mujer. ¡Qué vergüenza! ¿Dónde me ocultaré?

**H.** Eso es problema tuyo. Atiende, que voy a leer mi demanda de divorcio. *Despliega un pergamino y comienza a leer.*

Yo, Hera, también llamada Juno por los habitantes del Lacio, esposa y hermana de Zeus, también llamado Júpiter por los habitantes del Lacio, declaro públicamente que soy una esposa cornuda. Desde hace ya mucho tiempo vengo soportando calladamente las infidelidades de mi esposo, el gran Zeus, con diosas y mortales. Por esta razón, solicito una compensación y reclamo la libertad que perdí cuando contraje matrimonio, para iniciar de nuevo una vida llena de esperanza.

**Z.** *Al público.* Ay, madre, que esto va muy en serio.

**H.** Pero antes de reclamar lo que creo que merezco, quiero proclamar a los cuatro vientos las infidelidades que mi esposo ha cometido, para que todos sean testigos de que esta demanda se hace justamente.

Se transformó en toro para raptar a Europa. Ahí podéis verlo. *Aparece el cuadro.*

Se transformó en águila para raptar a Ganímedes. Ahí está.

Se transformó en cisne para conquistar a Leda.

Se transformó en lluvia de oro para preñar a Dánae.

Se transformó en Anfitrión para yacer con Alcmena.

Yació con Sémele, pero la achicharró. Aquí yo tuve algo que ver, lo reconozco.

Se unió a Ío, incluso convertida en ternera.

Con Mnemosine tuvo a las 9 musas.

Con Deméter tuvo a Perséfone.

Con Leto tuvo a Apolo y Ártemis.

**Z.** *En aparte.* Madre mía, que lo tiene apuntado todo bien clarito. *A Hera.* Calla, calla, lo reconozco. No he sido un buen marido. Pero todavía queda toda la eternidad para intentar mejorar. Perdóname.

**H.** Ni lo pienses. He dicho que ya estoy muy cansada. No aguanto más.

**Z.** Está bien, pichoncito. Pero no sigas leyendo más, que no soporto la vergüenza.

**H.** ¿Admites por tanto todos los adulterios?

**Z.** Sí, sí, los admito. Pero no sigas, que hay muchos jóvenes en esta sala.

**H.** Justamente entonces reclamo mi derecho a repudiarte y a ser resarcida por el sufrimiento que he tenido que soportar hasta ahora.

**Z.** Está bien, está bien. Pero dime qué es lo que quieres.

**H.** Primero, mi libertad. Me apetece pasar unos siglos soltera y sin compromiso, a ver qué tal se vive así. Porque nunca he tenido esta oportunidad: ponerme mis modelitos, viajar, echarme unos novietes...

**Z.** Está bien, está bien. Concedido. *(Al público: Ya volverá enseguida a mis brazos. Soy irresistible).*

¿Y qué más?

**H.** Esta es la petición más importante: Que fulmines con tu rayo a todos los maridos, novios o compañeros que de alguna u otra forma hagan sufrir a sus mujeres. Ya está bien. Por lo que puedo ver, ni los hombres son capaces de arreglar este terrible problema. Tal vez sea el momento de que los dioses intervengan para poner fin a esta enorme lacra de la humanidad. Así, querido esposo, tendrás la oportunidad de pagar tus delitos.

**Z.** Lo intentaré, mi pichoncito. Te lo prometo.

**H.** No me llames ya más mi pichoncito. Ahora soy libre y mi misión será velar por que todas las mujeres sean felices y no reciban nunca más maltrato de sus maridos o parejas. Y tú a cumplir con lo prometido, o saco otra vez la lista de infidelidades para que seas el hazmerreír de todos.

**Z.** No, por favor, eso no. Vámonos ya para adentro a arreglar nuestros asuntos con discreción, pichoncito. *(Le coge la mano para llevársela de escena).*

**H.** Y dale con lo de pichoncito. *(Salen los dos juntos de la escena).*

**FIN.**